



# LA LEY DEL MÁS FUERTE

Lucas Rubinich

---

## LA LEY DEL MÁS FUERTE

---

Lucas Rubinich<sup>1</sup>

No es David quien provoca a Goliat, sino que los Goliats de todos los tiempos... enseñan a los Davides, valientes pero sin perspectiva, dónde es arriba y dónde es abajo.  
Peter Sloterdijk. 2003. *Crítica de la razón cínica*. Ediciones Siruela.

Desde estas páginas hemos formulado repetidas veces la pregunta sobre las características que adquiere la búsqueda, y eventualmente la obtención, de legitimidad por parte de distintas fracciones del poder económico y político que expresan, a veces de manera confusa, una visión política, económica y cultural predominante a nivel internacional. El supuesto que le da mayor relevancia a la pregunta es que esta lucha por obtención de legitimidad se da en una sociedad que erige obstáculos relativos a una experiencia histórica de integración que deja marcas culturales en distintos sectores de la sociedad, pero también y como un hecho no menor, estructurales. En una sociedad, entonces, con una historia de movilidad social ascendente de casi un siglo; con instituciones educativas públicas extendidas por todo el territorio desde fines del siglo XIX; con estructuras de salud pública afianzadas en la mitad del siglo XX, pero con presencia 50 o 60 años antes; con sindicatos debilitados en el presente, pero que son parte irremediable de la disputa política; con una historia de derecho al trabajo desacomodada en los años noventa, pero que persiste de distintos modos en prácticas, en instituciones y en memoria histórica, la implementación de un programa de destrucción metódica de los colectivos y de las instituciones que expresan lo público no resulta fácil. No obstante, las fuerzas que llevan a cabo ese programa cuentan con la ventaja de ser parte de lo predominante, de lo percibido, por gran parte de la dirigencia política y económica, casi como irremediable, de aquello que se terminará imponiendo.

Pero es verdad que, desde el inicio de este proceso, en el caso argentino con la dictadura militar de 1976, esto no ha sido ni mucho menos un camino lineal. Las idas y vueltas por momentos dramáticas se producían en un escenario que los años noventa reestructuraban con contundencia, y así y todo el nuevo orden no conseguía el apaciguamiento de las aguas.

Se producían cambios estructurales significativos que reorganizaban la sociedad, que diseñaban de otra manera la estructura social, pero aún los sectores que expresaban más firmemente las miradas celebratorias de estos cambios no podían hacer explícitas algunas consecuencias de estos cambios, porque las sensibilidades ligadas a la experiencia de sociedad integrada continuaban teniendo algún peso cultural y todavía se expresaban de distintas maneras, aunque cada vez con menos fuerza, en las dos grandes asociaciones políticas. No se podía reivindicar, aunque las acciones implementadas por esas mismas asociaciones políticas lo produjeran, por ejemplo, el hecho de transformar a sectores importantes

---

<sup>1</sup> Universidad de Buenos Aires.



de la población en población desechable, objeto en el mejor de los casos de la neofilantropía y en el peor, de la represión. Había en ese momento, una cierta distancia entre los hechos y los dichos. Es que persistían sentimientos que habilitaban alguna solidaridad con los desempleados, aunque progresivamente se irían transformando, en tanto el fenómeno tendía a normalizarse, en desconfianza. Es verdad que, al fin, habilitada probablemente entre otras cosas por el extremo deterioro de esas fuerzas políticas que reivindican las tradiciones inclusivas, la distancia entre los hechos y los dichos fue disminuyendo y permitió, por ejemplo, que una figura relevante de la institucionalidad republicana argentina como lo es el juez Carlos Rosenkratz, vicepresidente de la suprema corte de justicia, sostuviera en un foro internacional en la Universidad de Chile que “no puede haber un derecho detrás de cada necesidad” (2022). Es pertinente atender al valor simbólico de esta afirmación que no solo confronta con una frase de la mitología peronista pronunciada por Eva Perón, sino con la gran tradición igualitaria que trasciende al peronismo y fue construida en la sociedad argentina a lo largo de casi un siglo. Es un camino en el que distintos agentes relacionados de diferente manera con el nuevo orden predominante comienzan a enrollar las falsas banderas retóricas de algún republicanismo inclusivo y comienzan a desplegar las propias. Es la restauración de un orden no solo a través de la fuerza de los hechos económicos, sino también del intento de otorgarles legitimidad a través de la dimensión cultural. Es, para decirlo con Weber, la implementación política de “un hecho general inherente a toda forma de dominación e inclusive a toda probabilidad en la vida: la autojustificación” (Weber, 1992, p.705). Porque cuando esta autojustificación se transforma en discurso orgánico es cuando adquiere potencia política, cuando despliega eficientemente la violencia simbólica, cuando es capaz de hacer creer, y entonces probablemente estabiliza el sistema de dominación.

Por supuesto que no es fácil lograr que este discurso orgánico se transforme en productivo culturalmente en una sociedad con una poderosa experiencia de integración. Porque el clima predominante, lo nuevo, se afianza en la crudeza de sus prácticas, tejido con los hilos de una moral darwiniana. Surgido de un telar académico, que es una teoría (económica) desocializada y deshistorizada, esta mirada necesita, para su realización y funcionamiento en el mundo concreto, como decía Pierre Bourdieu (1999), de un inmenso proyecto político que pueda crear las condiciones para la destrucción metódica de los colectivos que impiden el funcionamiento del mercado puro. Y ese proyecto, sin lugar a dudas con sus contradicciones, está en curso principalmente pero no exclusivamente en el mundo occidental. En el núcleo conceptual de este proyecto está el individuo pragmático, imbuido de un sentido práctico constitutivo de la cultura del capital financiero, que divide al mundo en ganadores y perdedores. La institución fundamental, claro, es la corporación multinacional que, de acuerdo a las formas contemporáneas de organización del capital, puede deslizarse con facilidad por distintos espacios del planeta y sortear los obstáculos que, como residuos de un viejo orden, imponen instituciones deterioradas como el estado, los sindicatos o los partidos políticos. La lógica del adversario que se presenta como premisa en el sistema político democrático, suena extemporánea a las prácticas amigo-enemigo que el mundo corporativo ha impuesto de facto y de manera brutal. Son enemigas las distintas formas de acción que contribuyen a la



reconstitución de colectivos sociales y son enemigos, directamente, de los perdedores cuando se visualizan como costos improductivos en una planilla de Excel. Y cuando esta lógica se traslada a la sociedad concreta, adquiere una dimensión trágica, ya que en situaciones donde el costo de inclusión de los perdedores con un status de ciudadano integrado atenta contra la maximización de las ganancias, si se cuenta con claras relaciones de fuerza a favor, pueden ser sencillamente descartados. Por ello esta mirada tiene (o por lo menos tenía) limitaciones para funcionar como modelo ideal para el reconocimiento en la sociedad.

La pregunta fundamental, al fin, es observar qué forma adquiere en la vida cotidiana de grandes sectores de la sociedad el elemento individualista pragmático ya presente en experiencias de sociedades de movilidad social ascendente y débil institucionalidad como la nuestra, pero que ahora recibe un impulso decididamente arrollador en tanto ese elemento es el núcleo de la visión predominante que aquí llamamos cultura del capital financiero. Porque el tipo ideal de la cultura predominante es el individualismo pragmático en estado puro, es el que conforma a un agente social que no atribuye causas sistémicas a sus accidentes biográficos. Es el que construye al individuo sin constreñimientos, solo responsable de sí mismo. Logros de su pura acción individual serán, así, sus éxitos en la vida, como también los fracasos. Que posea o no posea cobertura de salud, que pueda lograr o no una pensión que le permita vivir sus últimos años sin trabajar, no tiene que relacionarse con otra cosa que no sea la habilidad personal para conseguir esos objetivos. En un estado de extraordinaria redistribución desigual de la riqueza las visiones predominantes definen escasez a partir de la naturalización de esa desigualdad. En ese mundo, las necesidades son crudamente necesidades, porque simplemente hay escasez, y es por ello que se argumenta que las necesidades no pueden ser transformadas en derechos.

En la sociedad de movilidad social ascendente y de débil institucionalidad como la Argentina hay entonces fuertes elementos individualistas pragmáticos, solo que el mito del triunfador en esa experiencia histórica se construye en una sociedad relativamente integrada, o por lo menos sin los brutales niveles de exclusión de la sociedad contemporánea. El que queda afuera, el que no es triunfador, es alguien que sigue ligado de distintas maneras al mundo del trabajo y, aunque atenuada, sino está en la mejor situación, sostiene la expectativa de progreso personal. Por decirlo más claramente, el triunfador no es el que logró, junto a una relativa minoría, aferrarse a la embarcación que lo salvará de la tormenta dejando a la intemperie en el medio del mar embravecido a una porción importante de la población. El triunfador es el que puede convivir con el mundo de los no triunfadores que de algún modo siguen estando en el mismo barco y pueden encontrarse en una cubierta policlasista. La línea de partida para el que sigue apostando por el mejoramiento progresivo de sus condiciones de vida no es el afuera de todo. Se es un exitoso en un mundo de personas con posiciones diferenciadas, pero con un piso que posibilita el acceso a la educación, la salud y un relativo bienestar en la organización de la vida cotidiana. Se es individualista “porque cada cual se las arregla como puede”, pero hay mucha experiencia de vida en común con sectores integrados que ocupan posiciones no absolutamente homogéneas; se es pragmático, porque hay picaresca del ascendido



socialmente, porque no se termina de creer con fuerza ni en las instituciones económicas ni políticas, aunque sí en la educación y en la salud públicas.

Claro que esa experiencia histórica es una experiencia, reafirmémoslo, pasada. Y la suave picaresca aprendida en esa pelea de integrados, en la nueva forma de organización económica, puede ir transformándose en una batalla –quizás más permanentemente dramática para quienes están más cerca de los límites inferiores– por no caer. Caída que puede no ser un simple descenso, sino un rodar al foso del deterioro progresivo. Y no es lo mismo una batalla por triunfar entre integrados, que una lucha por no caer al abismo de la desocupación, de la desprotección sanitaria y educativa. La vida puede convertirse en una apuesta renovable día a día por alejarse de esa posibilidad, que se muestra, sin ambigüedades, en la creciente franja de población con niveles de ingresos marcadamente mínimos. Una sobrevivencia temerosa como expectativa a futuro. Esa es una de las dimensiones del modelo de sociedad que resulta de estas formas de reorganización de la economía en la que se encuentran la sofisticación tecnológica y la especulación financiera.

Es cierto que en estas perspectivas que sostienen la cultura predominante no hay un modelo de sociedad al que se arribará en el momento ideal. La sociedad ideal ya llegó y en todo caso pelea con obstáculos del viejo orden para afianzarse. Es la realización de la libertad económica, de la libertad de los más fuertes, más allá de los costos sociales que esto implique, y todo ello extendido a las distintas áreas de la vida social en tanto bienes como la salud y la educación ya no tienen status especiales, son bienes transables. No hay dibujos ideales contemporáneos de este modelo de sociedad que impone la cultura del capital financiero, de la utopía de la sociedad del individualismo pragmático en la que prima la ley del más fuerte, de un cielo neoliberal. Pero quizás pueda rescatarse un viejo diseño construido a principios del siglo XVIII, y por supuesto rescatado por referentes de esta tradición como Von Hayek. Se trata del texto titulado *La fábula de las abejas*, escrito por el médico holandés, devenido escritor y moralista inglés, Bernard de Mandeville. Mandeville escribió *La fábula de las abejas* con la forma de un poema en 1729 con clara voluntad satírica en pelea con los ingenuos optimismos filosóficos, aunque los argumentos que la sostendrían en obras posteriores fueron derivando hacia una mirada exclusivamente cínica y conservadora.

Mandeville en su poema describe una colmena que es presentada como similar a una sociedad humana bien ordenada. Una sociedad en la que no faltan ni los bribones, ni los malos médicos, ni los malos sacerdotes, ni los malos soldados, ni los malos ministros:

Los abogados, cuyo arte se basa/ en crear litigios y discordar los casos,/ oponíanse a todo lo establecido para que los embaucadores/ tuvieran más trabajo con haciendas hipotecadas (...)  
Deliberadamente demoraban las audiencias,/ para echar mano a los honorarios;/ y por defender causas malvadas(...) Los médicos valoraban la riqueza y la fama más que la salud del paciente marchito/ o su propia pericia; la mayoría, en lugar de las reglas de su arte, estudiaban/ graves actitudes pensativas y parsimoniosas,/ para ganarse el favor del boticario (Mandeville, 1982, p 12)



Se describen fraudes como parte de la normal vida cotidiana y la justicia, llamada a reprimir la corrupción era ella misma corruptible. En suma, cada profesión y cada estamento, estaban llenos de vicios. Pero la nación no era por ello menos próspera y fuerte. En efecto, los vicios de los particulares contribuían a la felicidad pública. Pero se produjo un cambio en el espíritu de las abejas, que fueron poseídas por la idea de no querer ya nada más que honradez y virtud. El amor exclusivo al bien se apoderó de las sensibilidades de las abejas, de donde se siguió muy pronto la ruina de toda la colmena. Como se eliminaron los excesos, desaparecieron las enfermedades y no se necesitaron más médicos. Como se acabaron las disputas, no hubo más procesos y, de esta forma, no se necesitaron ya abogados ni jueces. Las abejas, que se volvieron económicas y moderadas, no gastaron ya nada: no más lujos, no más arte, no más comercio. La desolación, el declive de la otrora sociedad de abejas prósperas fue, en definitiva, general. Y entonces, la conclusión que en el poema es anunciada como moraleja:

Dejad, pues, de quejaros: sólo los tontos se esfuerzan/ por hacer de un gran panal un panal honrado./ Querer gozar de los beneficios del mundo,/ y ser famosos en la guerra, y vivir con holgura,/ sin grandes vicios, es vana/ utopía en el cerebro asentada./ Fraude, lujo y orgullo deben vivir/ mientras disfrutemos de sus beneficios: el hambre es, sin duda, una plaga terrible,/ pero, sin ella, ¿quién medra o se alimenta? (Mandeville, 1982 p 21).

Allí está la utopía de la cultura predominante con argumentos fuertes sobre la alta correlación existente entre la liberación de las pasiones humana y la creación de riqueza. La creación de riqueza como un fin dinamizador de la sociedad que irremediamente deja multitud de caídos en el camino y que impone, más allá de la existencia de reglas formales, que pueden y deben ser burladas, la verdadera ley de funcionamiento de la sociedad humana, que es la ley del más fuerte, la obtención de la riqueza económica como el indicador claro y contundente que identifica a los ganadores en la lucha por la vida.

### **Bibliografía**

- Bourdieu, P. (1999). El neoliberalismo, utopía (en vías de realización) de una explotación ilimitada. En *Contrafuegos* (pp. 136-150). Anagrama.
- De Mandeville, B. (1982). *La fábula de las abejas, o cómo los vicios privados hacen la prosperidad pública*. Fondo de Cultura Económica.
- Rosenkrantz, C. (1 de junio de 2022). "No puede haber un derecho detrás de cada necesidad". *Diario La Nación*.
- Weber, M. (1992). *Economía y sociedad*. Fondo de cultura económica.

